

Del "Latorre" al "Latorre"

Por
Víctor SOLAR

En enero estará en Talcahuano el crucero "Almirante Latorre", que el 18 de septiembre último izó nuestra bandera en el puerto sueco de Karlskrona.

En "El Fugitivo", Pablo Neruda cantó a Valparaíso estas palabras que aquí podemos poner en prosa: "Cabrías en un frasco marinero con tus pequeñas casas y el "Latorre", como una plancha gris sobre una sábana". Plancha ciclópea, insubmersible, sobre el inmenso mar, parecía el "Latorre", con su estampa armoniosa, imponente, inolvidable.

Yo ví al viejo "Latorre" pasar un día a la cuadra de la maravilla vegetal-oceánica de Rocoto, en Hualpén, escoltado por dos destructores. El sol poniente cortaba en tinta china la nítida silueta. Inmensa y diminuta contra el infinito horizonte. Ya la noche caída, anclaría en Talcahuano. Distancia de la escolta, majestad de monarca, que navega lento. Por lo menos así, yo lo veía pasar.

No sabemos por qué se adentró tan profundo en el alma chilena el viejo acoirazado. Nunca peleó un combate bajo nuestra bandera, pero era como el símbolo de nuestro sino marítimo, como la encarnación viva del orgullo patrio. Salía mar afuera y sentíamos como si con

el "Latorre" trepidara el país, transido de infinita y saludable confianza. ¿Ocurrirá lo mismo con su sucesor, el poderoso ex-buque sueco, que ahora pasa a ser la nave insignia de la Escuadra chilena?

La usanza de la Armada, desde tiempo inmemorial, es bautizar sus nuevos barcos con los nombres ilustres de los que desaparecieron. Hemos tenido cinco "Esmeraldas".

El 1º de agosto de 1958 se arrió en Talcahuano la bandera del "Almirante Latorre". Era su muerte. Cuando salió para el Japón en viaje sin retorno, Chile sintió el desgarramiento de la inevitable partida. Los nipones, de tradición milenaria, saben lo que vale la honrosa trayectoria de un barco, y siempre emocionan recordar el acto religioso que cumplieron a bordo del "Latorre" sin vida, para despedir el "alma" del buque llamado a desaparecer. Peleó en Jutlandia y fue por casi 40 años la nave más querida de los chilenos. Los orientales compraron un casco para convertirlo en chatarra y bien pudieron —como habría ocurrido en cualquier otro país— pasar por alto su pasado, en tales circunstancias. Distinto fue su gesto y, por lo mismo, digno de perpetua recordación.

Quienes dominan el idioma inglés —cosa que no le ocurre al suscrito—, saben que los británicos usan respecto de los barcos, el pronombre ella, dedicado a las personas, y no el neutro y despectivo usado para los objetos. Sienten los buques como personas. Más que eso todavía, como la compañera por excelencia (de donde resulta una forzosa e inevitable rivalidad con la compañera humana; sentimiento bien conocido de los hombres de mar).

El nuevo "Latorre" está en Karlskrona. Lo comanda Carlos (Charlie) Borrowmann Sanhueza, penquista y penquista de Pedro de Valdivia. Charlie nació mirando la gran salida al mar del Bío-Bío. De Karlskrona sabemos lo que nos dice Selma Lagerlof. Recomiendo a quien tenga un ejemplar a mano de "Nils Holgersson", releer el capítulo noveno que refiere la historia de la ciudad naviera fundada por Carlos VI. Los traductores de mi edición la transcriben simplemente "Calskrona". Pero si viene de "Karl", Carlos, lo correcto es escribirla Karlskrona, como lo hace el cable.

El viejo "Latorre" fue el último de los superacorazados de la Primera Guerra Mundial que permaneció a flote. Revisió gran emotividad, cuando la anciana lady Jellicoe, viuda del héroe de Jutlandia, lo visitó en Talcahuano, en 1957. El barco era ya también un anciano inmovilizado frente a la Base Naval. Fue una larga, detenida y silenciosa inspección. Si en el corazón de la vieja dama, aún alentaban bajo las cenizas los celos por su lejana rival, éstos se esfumaron en el horizonte de aquel último adiós.

Hace un siglo, en estos mismos días, se mandó construir en Europa dos bar-

cos blindados. Fueron el "Blanco" y el "Cochrane", baluartes de Chile en la Guerra del Pacífico. Cuarenta años más tarde se repitió la orden: Inglaterra fabricaría para Chile dos superacorazados o "dreadnought", como los llamaban los ingleses. Un nuevo "Cochrane" y el "Latorre". Estalló la Guerra Mundial y, por azares bélicos, aquel nuevo "Cochrane" no llegó jamás a Chile; pero sí, el "Latorre" (cuyo nombre desplazó al de don Manuel Blanco Encalada, para exaltar al del héroe de Angamos). Con el nombre de "Canadá", el "Latorre" peleó bajo bandera británica en la guerra del 14 y fue devuelto a Chile en 1920.

El viaje final del "Almirante Latorre" —diez mil millas para llegar a su tumba en el Japón— fue patético. Lo vimos partir de Talcahuano, inválido, a la rastra del "Cambrian Salvor", uno de los remolcadores de alta mar más poderosos del mundo. El espectáculo debió causar impresión sobrecogedora, en medio del Pacífico: el barco gigantesco, absolutamente abandonado y solo (en sus tiempos de oro conducía 1.500 hombres en sus entrañas) halado lentamente por una pequeña pero potente nave. Como en un relato de Edgar Allan Poe o el caso del "Marie Celeste", ese barco que navegaba a la deriva con todos sus tripulantes muertos. Nadie de las varias generaciones de marinos que tripularon el "Latorre" estuvo con él en ese último viaje. Vemos así, que lo que Unamuno dijo para los hombres, vale también para los barcos: Vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad.